

MAXIMILIANO RUBIN

Maximiliano Rubín aparece en *Fortunata y Jacinta* al principio del segundo volumen. En pocas páginas Galdós nos ofrece información bastante para que su personalidad, y sus rasgos físicos, queden firmemente grabados en nuestra imaginación. No hay, sin embargo, historia de su niñez: simplemente se señalan ciertos hechos relativos a la familia Rubín. Se dice que Maxi era un individuo apático que, aunque trataba de salir adelante con sus estudios de Farmacia, no podía superar sus limitaciones; y que físicamente era débil y poco atractivo. Su apodo *Rubinus vulgaris* indica la impresión que producía a los otros. A partir de este punto, sentada así la base de su personalidad, empezamos a ver actuar a Maxi, que se manifiesta pronto como uno de los más importantes y complicados personajes de la novela.

Rubín es un introvertido. Vive en un mundo imaginario en el que se realizan sus sueños y esperanzas. Tímido, feo, objeto de burlas, resuelve sus problemas imaginándose fuerte, hermoso y capaz de expresarse con firmeza. Si esa imagen aparece en sueños, él trata de retenerla al despertar. Es un análogo deseo de mantener una ilusión lo que más adelante habrá de llevarle a la locura. Anté el choque con la realidad se dice a sí mismo:

"...¿por qué ha de ser una cosa más real que la otra? ¿Por qué no ha de ser sueño lo del día y vida efectiva lo de la noche?" (1). Galdós mismo resume así, después de la presentación, y antes del primer encuentro de Maxi con Fortunata: "De esta manera aquel misántropo llegó a vivir más con la visión interna que con la externa... Vivía dos existencias, la del pan y la de las quimeras" (II, 21).

La existencia "de las quimeras" era para él, sin embargo, la principal, como el lector observa desde el primer momento en que él ve a Fortunata. Olmedo, en cuya casa ella se hospeda, ríe cuando Maxi pregunta, antes de haberla visto: "¿Es honrada?" (II, 24). Ya sabe la respuesta, y sin embargo, impresionado por su belleza, se dice luego: "¡Qué lástima que no sea honrada! Y quien sabe si lo será... que conserve la honradez del alma en medio de..." (II, 27).

El enamoramiento transforma al *bicho raro* (la impresión que Fortunata tiene de él) en un hombre que tiene la audacia de declarar su amor un día después de haberla conocido. Ella ríe primero, pero luego, pensando que tal vez es sincero, accede a verle esa noche. Galdós se refiere de este modo a la transformación de Maximiliano: "Si parecía otro. El mismo notaba que algo se había abierto dentro de sí, como arca sellada que se rompe, soltando un mundo de cosas antes comprimidas y ahogadas. Era la crisis... y allí fué violenta y explosiva" (II, 33-34).

El cambio de actitud con respecto a su tía es el más significativo. Era ella, quien más horror le producía, y sin embargo nosotros vemos ahora a Maxi diciéndose: "Si mi tía se opone, que se oponga, y que se vaya a los demonios" (II, 34). En efecto, "los antiguos moldes estaban rotos". Maximiliano es la persona que

(1) *Fortunata y Jacinta*, ed. Hernando, Madrid, 1952, vol. II, p. 22.

Todas las demás citas de la novela están tomadas de la misma edición.

por primera vez en su vida ha sentido una emoción lo bastante profunda para súbitamente darse cuenta de que es verdaderamente un individuo y que tiene albedrío.

Con objeto de poner de manifiesto el nuevo ser de Maxi, Galdós imagina el episodio de la hucha que él rompe para sacar sus ahorros, y que sigilosamente substituye por otra idéntica. El cuidadoso planeamiento de la operación, resulta a la vez grotesco, patético y revelador. Para un hombre que nunca se ha rebelado, ni ha desobedecido, ese primer acto de independencia resulta grandioso; mas para el lector resulta cómico. Ahí está la ironía de Galdós, que aparece con frecuencia, especialmente cuando estamos a punto de identificarnos excesivamente con un personaje: la ironía sirve para que recobremos una adecuada perspectiva, para que veamos hondamente, y sin que intervengan en la visión nuestras propias emociones. La escena es narrada de este modo:

Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpitaba y su respiración era difícil. Dábale compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podía frustrar el acto, hizo lo que los criminales, que se arrojan frenéticos a dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. Cogió la hucha y con febril mano, la atizó un porrazo. La víctima exhaló un gemido seco...

Lo que desconcertó a Rubín cuando creyó concluída su faena, fué la aprensión de advertir que la hucha nueva no se parecía nada a la sacrificada. ¿Cómo antes del crimen las vió tan iguales que parecían una misma? Error de los sentidos (II, 41-43).

Cuando Fortunata y Maxi se instalan en su propio piso, pagado con las monedas de la hucha, Maxi ve a Fortunata como una mujer transformada: "Dos Fortunatas existían entonces: una, la de carne y hueso; otra, la que Maximiliano llevaba estampada en su mente" (II, 49). Esa visión no se borra ni cuando

Fortunata le habla de su vida pasada. A cada nueva palabra de ella, Maxi, nos dice Galdós, agregaba "otro velo", hasta necesitar "lo menos una pieza de tul" (II,59). El piensa que ella fué sólo la inocente víctima de un hombre, y que él será quien habrá de redimirla.

El amor no sólo ha hecho a Maxi consciente de sí mismo, y ha dado vigor a su voluntad, sino que también ha aguzado su inteligencia. Empieza a leer con avidez. "En fin, que mi hombre había pasado una gran crisis. El cataclismo amoroso varió su configuración interna" (II, 68). El propio Maximiliano reflexiona sobre ese cambio: "Cuando yo era tonto —decía, sin ocultarse a sí mismo el desprecio con que se miraba en aquella época que bien podría llamarse antediluviana—, cuando yo era tonto, éralo por carecer de un objeto en la vida. Porque eso son los tontos: personas que no tienen misión alguna" (II, 68-69).

A medida que el lector avanza, más y más se va revelando la personalidad de Maxi. Y para que la visión que vamos adquiriendo de él sea más completa, y no sólo desde un único punto de vista (esto es, Maxi tal como se ve a sí mismo o como es visto por Galdós), el lector puede apreciar también la impresión que produce a otros. Un revelador momento es aquél en que Fortunata, sentada frente a Maxi, de pronto siente una violenta antipatía y repugnancia hacia él, que le es difícil disimular. Es feo, huele mal, no es un hombre... Y lo que ella ve es lo que otros también ven, ofreciéndonos así la imagen exterior de Maxi.

Desde el momento en que encuentra a Fortunata, toda su vida se centra en ella. Su ideal era una mujer "honrada", y en el sentido que él da a esta palabra, Fortunata ciertamente no era honrada. Más queriendo conciliar su deseo de la bella Fortunata con su deseo de una mujer "honrada", se dice: "¿El querer ser honrada no es lo mismo que serlo?" (II, 130). La real Fortunata no habrá de actuar luego, claro es, como la Fortunata por él imagina-

da. Mas hasta que el desengaño llegue, Fortunata, la joven bella y honesta, será para él toda su vida. Cuando doña Lupe habla a Maxi por vez primera de Fortunata y su relación con ella, él responde: "... la quiero tanto, que toda mi vida está en ella... rompo una pared si me la ponen entre ella y yo" (II, 128-129). Y la reacción de doña Lupe muestra el efecto que el nuevo Maxi puede producir en otros, pues súbitamente siente ella que toda su autoridad sobre él ha desaparecido en un instante. Aunque no le tema, le respeta.

Quien antes no veía "tres sobre un burro", ahora ha desarrollado no sólo su inteligencia sino también su intuición, una habilidad para predecir y adivinar, para ver; ver sobre todo aquello que favorece su deseo. Esa esporádica clarividencia, o ceguera a veces, de Maximiliano, se relaciona sin duda con ese negarse suyo a aceptar la realidad. Ve, salvo en una ocasión, lo que le conviene ver. Al dejar a doña Lupe, por ejemplo, después de haber afirmado que nada le separará de Fortunata, Maxi "sabe" que su tía cederá al fin, y que él se saldrá con la suya. El triunfo sobre doña Lupe no viene sino a confirmar lo que él había ya descubierto de sí cuando el episodio de la hucha: "... y se reconocía más árbitro de su destino y casi triunfante" (II, 149).

La verdad es que Maxi es más respetado después de la charla con doña Lupe. La única persona a quien no logra impresionar con su cambio es Papitos, la criadita. El se siente más fuerte, más seguro, y ciertamente lo es. Ese despreciativo "¡Bah!" con que responde al discurso de su hermano Nicolás, el sacerdote, es todo un sumario de su transformación. Como Galdós dice: "La dignidad de su pasión había hecho del niño un hombre" (II, 187).

La idea de Nicolás de que Fortunata vaya por una temporada a un convento, resulta para todos perfecta ya que sirve para cubrir las apariencias. Limpia de toda impureza, tras una breve reclusión, podría volver a la sociedad y ser aceptada. Y no hay

contradicción alguna con la idea de Maximiliano de que querer ser honrada es lo mismo que serlo. Fortunata va pues al convento, y cuando sale, se casan. Y este es el principio del fin para Maxi. Muy poco después de la boda, Fortunata reanuda su relación con Juanito Santa Cruz, y como resultado de ello siente más repugnancia que nunca hacia quien ahora es ya su esposo. Le trata fríamente, con desdeñosa cortesía, y Maxi ha de suplicar una caricia. Al principio él pasa por horribles momentos de tristeza, pero luego comienza a observar, a vigilar cada uno de los movimientos de ella, cada una de sus miradas. Lo primero que descubre es que Fortunata nunca le mira a la cara, y este hecho, que le produce una honda melancolía, impresiona también al lector. El se esfuerza dramáticamente por conquistar el amor de ella, pero fracasa. Y el lector se siente enternecido, porque en esta ocasión Galdós suspende por un instante su humor. Después de haber descrito las penosas cavilaciones de Maxi, escribe: "De este modo devastaba el infeliz su alma, arrancando todo lo bueno, noble y hermoso para ofrecérselo a la ingrata, como quien tala un jardín para ofrecer en un solo ramo todas las flores posibles" (II, 359).

Busca Maxi con afán algo que pudiera justificar sus sospechas y celos, pero no lo encuentra. Y entonces empieza a volver a casa a horas inesperadas, queriendo sorprender a Fortunata, mas sin conseguirlo tampoco. Una vez sin embargo ve a Juanito por la calle en un coche, y lleno de terror corre hacia su casa, llegando cerca de ella justamente a tiempo para ver a Fortunata desde el balcón mirando hacia la calle por la que el coche acababa de pasar. Corre escaleras arriba, pero antes de que Galdós nos permita observar la escena que ha de ocurrir, el autor comenta: "...al llegar arriba no podía respirar. Es que para ser celoso se necesitaban buenos pulmones" (II, 364). Una vez más Galdós, con su humor, nos aleja momentáneamente de Maxi, y así cuan-

do volvemos a él, a sentir con él, no nos identificamos con él completamente. No cree Maxi en esta ocasión las mentiras de Fortunata: por primera vez descubre la verdad. No es que conozca toda la historia de su engaño, es más bien que de pronto advierte que se había engañado, completamente engañado. Mas a partir de este mismo instante su mente tiende a apartarse de la desoladora verdad, y es desde entonces cuando comienza a comportarse de un modo anormal, cuando comienza a perder la razón, por muy lógicos que sus razonamientos parezcan.

La primera muestra de su nueva transformación consiste en la compra del revólver, que Fortunata logra quitarle con facilidad. Lo que él había imaginado, es corroborado cuando un amigo le dice que su mujer tiene citas secretas con un hombre. Y el resultado de su intento de enfrentarse a Juanito es una paliza que recibe, que le deja postrado por largo tiempo. Casi un mes le cuesta a doña Lupe arrancar de su mente la idea de venganza. En su furia impotente incluso acariciaba la idea de usar la dinamita.

Después del encuentro con Juanito no volvemos a ver a Maxi sino mucho más tarde. Sin embargo a través de Feijóo, cuyo juicio el lector ha aprendido a respetar, Galdós nos hace saber de Maxi, del estado en que se halla: "Por grandes que sean sus resentimientos, chica, creo que en cuanto le hablen de volver contigo se le hace la boca agua... Te idolatra, y los que aman así, con esa locura, se pirran por perdonar" (III, 151-152).

Cuando volvemos a ver a Maxi le hallamos sumido en una conversación relativa al "espíritu, el Verbo, el querer universal". Maxi mismo explica la causa de este sospechoso cambio de interés:

La desgracia me ha hecho a mí volver los ojos a las cosas que no se ven ni se tocan. Si no hubiera hecho así, me habría muerto cien veces. ¡Y si viera usted que distinto es el mundo

mirado desde arriba a mirado desde abajo! Me parecía a mí mentira que yo había de ver apagarse en mí la sed de venganza y el odio que me embruteció. Y, sin embargo, el tiempo, la abstracción, el pensar en el conjunto de la vida... me ha puesto como estoy ahora... Hay que anularse para triunfar; decir no soy nada para serlo todo (III, 170-171).

Y antes de esto había exclamado: "¿Me reconozco como tal yo en todos mis actos?... No... Lo permanente no soy yo, ¡que cuña!, es el conjunto" (III, 167).

Lo que Maxi ha hecho ha sido sublimar sus sentimientos, y así escapar del tormento que le producía el considerar la infidelidad de Fortunata. Inconscientemente lo que él trata es de eliminar el Maxi de las emociones substituyéndolo por un Maxi que sea pura razón. Las emociones son suprimidas para así ser inexpugnable ante el dolor. El proceso es complicado, pero él llegar a ese punto por serle intolerable la realidad. Al negar el valor de su individualidad ante el valor superior del "conjunto", borra el dolor que fué resultado de su conocimiento de Fortunata. Pero no debe pensarse, claro es, que por referirse ahora a la razón es por ello un hombre mentalmente sano. Maxi es aun un desequilibrado, como lo indica ya ese mismo extremado cambio.

Se engaña simplemente a sí mismo con esa apelación a la pura lógica, y pierde la máscara en cuanto Feijóo le dice que Fortunata quiere volver a él. Se queda petrificado, confuso, incapaz de responder, excepto para decir que la reconciliación es imposible. Sin embargo el lector advierte en este momento que Feijóo tenía completa razón al afirmar que en cuanto le hablasen de volver con ella "se le hace la boca agua". Si la hubiese olvidado no se habría sentido trastornado por las palabras de Feijóo. Su reacción es la del hombre que ha sido tocado en

un punto sensible, un punto que durante mucho tiempo ha tratado de proteger, de ocultar, incluso a sí mismo.

Doña Lupe urge luego a Maxi a que vaya a ver a Fortunata, pero él no acaba nunca de encontrar el valor necesario para enfrentarse con ella y finalmente doña Lupe la trae a la casa, para gran perturbación de Maxi.

Galdós entonces escribe: "Al recuerdo de su agravio sintió Maximiliano una reacción brusca contra aquel misticismo recién aprendido, *más hijo de la necesidad que de la convicción*" (III, 204) (el subrayado es mío). Galdós mismo nos advierte, pues, que Maxi lo que había anteriormente hecho era buscar un escape; y un análogo escape encontrará más adelante.

La reconciliación se lleva a cabo, cesan las lecturas filosóficas y, al mismo tiempo, el tormento de los celos y el ansia de venganza vuelven. Claro que estos sentimientos no son ahora tan fuertes como eran, pero el lector percibe que esos son de nuevo los sentimientos de él, salidos a flote al haber eliminado aquello que los encubría.

Fortunata comienza a sentir hacia él un cierto afecto, un sentimiento de protección. El por su parte lamenta que ellos no tengan hijos, y esto por un motivo bien comprensible, aunque no muy loable: para poder sentirla así más sujeta, y también para que se marchitara un poco su belleza, ya que él es bien consciente de la desproporción que existe entre su propia fealdad y la hermosura de ella, lo cual contribuye a ese general sentimiento suyo de ser inadecuado.

Los primeros indicios de lo que ha de ser luego el completo hundimiento de Maxi tienen lugar cuando Fortunata vuelve un día a la casa quejándose de que no se siente bien. A la mañana siguiente él vuelve de la farmacia y dice a su mujer: "Todos los huesos me duelen, y la cabeza la siento a ratos como si estuviera vacía, sin sesos... Pero no me duele... Yo no sé lo que

me pasa. A ratos me distraigo, me entra como un olvido, me quedo lelo sin saber donde estoy ni lo que hago" (III, 281). Y poco después comienza a cometer errores en la farmacia: Entonces explica: "Figurate que a ratos me siento tan estúpido... Y otros ratos parece que me vuelvo el hombre de más seso del mundo, ¡y se me ocurren unas cosas!" (III, 291). A la mañana siguiente, después de haber pasado una mala noche, le dice a su mujer que Feijóo no debe visitarlos más, y agrega significativamente: "Es que parece que hacen las cosas a propósito para molestarme, para que rabie... Y no eres tú sola... Mi tía también. Se han propuesto, sin duda, hacerme perder la salud" (III, 294). La manía persecutoria crece pronto hasta el punto de convencerse de que quieren envenenarle.

Maxi no escapa ahora de la realidad por medio de la sublimación, por medio de la filosofía; pero al acusar a otros, con su manía de persecución, descarga su rabia y evita así sobre todo que salga a la superficie la sospecha nueva, que es lo que en verdad ha producido de nuevo la crisis. Maxi resulta ahora patético porque Galdós no se burla de él. Ahora se observa como Maxi descubre ante su familia y conocidos esa perturbación mental que el lector ya sabe que existe en él desde la primera infidelidad de Fortunata. Pasa mucho tiempo antes de que doña Lupe y Fortunata se den cuenta de que Maxi está loco, de que no se trata de un temporal cambio de carácter.

De un extremo de agitación Maxi cae a un estado de depresión alarmante. Hay algo siempre en Maxi que resulta inabordable. En una de las mejores páginas del libro, Galdós nos ofrece una visión externa, una visión objetiva de Maxi en ese estado, y ésta resulta escalofriante:

Rubín... se puso a leer. Caía en la lectura como en una cisterna, tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera

el torbellino de las letras en que nadaban sus ojos, y con sus ojos, su espíritu. Tomaba extrañas e increíbles posturas... Lo que nunca variaba ni disminuía era la atención del lector, siempre intensa y fija a través de todos los sacudimientos de la materia muscular, como el principio que sobrevive a las revoluciones (IV, 6-7).

En este pasaje nosotros le estamos viendo por fuera y, sin embargo, sabemos de su conflicto interno. La fuerza de esas líneas reside en el hecho de que somos inducidos a sentir una intensa piedad por Maxi, pero sin que se haga una apelación directa a nuestro sentimentalismo. Se establece una especie de distancia entre Maxi y nosotros que nos permite contemplarle como un ser real, que sufre.

¿Qué es lo que Maxi está leyendo? El sólo título produce ya cierto estremecimiento: *La pluralidad de mundos habitados*. Otra vez nos hallamos con la sublimación, un escape que produce alivio: "...vivía en sí mismo, y todas sus ideas y sentimientos procedían de la elaboración interior... resultando de esto una existencia enteramente soñadora" (IV, 10). Ha eliminado sus temores. Ya no se da cuenta de lo que ocurre en torno suyo. Expresa absurdas ideas que, sin embargo, básicamente nosotros podemos entender, pues esas ideas son también otros tantos medios de escape. Lo que repite más a menudo es lo de la muerte como liberación, como fin de todos los sufrimientos. Y así pregunta a Fortunata: "¿Hay nada más hermoso que la muerte? Morir, acabar de penar..." (V, 163).

Tranquilamente informa a Fortunata poco después que, gracias a una divina revelación, él sabe que está embarazada, y agrega: "El hijo que llevas en tus entrañas es el hijo del Pensamiento Puro, que ha querido encarnarse para traer al mundo su salvación" (IV, 165). Ha adivinado la verdad y Fortunata se queda espantada. Poco después decide ella marcharse y no volver

nunca más. Cuando su mujer parte, Maxi, que ha pasado de nuevo por una violenta crisis, está en la cama. Pasan varios días sin que note al parecer su ausencia, y cuando al fin lo advierte, insiste en que ella le haga compañía. Mas cuando, una vez, Maxi pregunta si Fortunata ha muerto, doña Lupe, y su hermano Juan Pablo, deciden que sería conveniente que él creyera tal cosa, y le recomiendan que la de por muerta. Durante un momento de lucidez, uno de esos momentos que no son raros en un demente, Maxi le dice a su hermano que lo del "Pensamiento Puro" había sido una broma, un modo de saber la verdad: "En fin, que con esa farsa pensaba yo arrancarla la confesión de lo que se me había metido entre ceja y ceja" (IV, 194). Pero no hay ningún motivo para creer, sin embargo, que Maxi ha estado simplemente fingiéndose loco, o que súbitamente ha recobrado la razón. Galdós mismo nos cuenta que Maxi dijo "Dios la perdone", después de haber dado esta explicación, y que las mismas palabras las repitió luego seis veces.

Cuando más adelante volvemos a encontrarle en la novela, vemos que ha mejorado y que ya no actúa violentamente. En varios aspectos parece de nuevo el estudiante que encontramos al principio: tímido, inseguro, se deja conducir fácilmente carece de iniciativa. De nuevo doña Lupe es quien le dice lo que ha de hacer y a que hora ha de volver a casa. Y de nuevo da él sus paseos, de día ahora tan solo, y con la diferencia de que su mente se halla ocupada constantemente con problemas de lógica: "Rechazaba de su mente con tenaz repugnancia todo lo que no fuera obra de la razón y del cálculo, no desmintiendo esto ni en las cosas más insignificantes" (IV, 213). Cualquier asunto, bien sea un problema matemático que se plantease doña Lupe o una discusión sobre los fundamentos de la sociedad, es admirablemente tratado por él. En las tertulias arguye con una tal serena convicción y frialdad que sus amigos se quedan sor-

prendidos. Y es en el plano de la razón, la "razón de la sinrazón", que es el título del capítulo, en el que Maxi comienza de nuevo a ocuparse de Fortunata. Es decir, en ese plano en el que sus sentimientos no pueden ser heridos. Siguiendo un razonamiento puramente lógico, partiendo de muy pocos datos, llega a la conclusión de que ella vive, y vive en Madrid, y finalmente descubre donde vive exactamente. En la única ocasión en que el instinto se impone en él a la lógica es cuando, por azar, ve a Juanito con Aurora. Todo su viejo rencor vuelve de pronto y reacciona furioso contra sí por no llevar un revolver consigo en ese momento. Mas logra dominar también ese impulso y razona que Fortunata merece un castigo, y que ahora él tiene el instrumento con el cual castigarla.

Es en efecto un frío, impasible Maxi el que sorprende a su mujer apareciendo en su habitación poco después del nacimiento del niño. Y es de ese modo engañosamente tranquilo como informa a Fortunata de las relaciones entre Juanito y Aurora. El sabe perfectamente bien lo que hace: quiere que ella sufra como él ha sufrido, y ciertamente lo consigue. Es un Maxi cruel el que ahora aparece ante nosotros, pero como conocemos sus sufrimientos, y sabemos cuan justificados son, como le comprendemos, no le condenamos. Y no nos sorprende tampoco nada su recaída a la agitación, la pérdida de la serenidad en una escena que más que otra alguna nos llena de compasión. Cuando dice a Fortunata que la agresión a Aurora no producirá otro efecto que juntarla aun más a Juanito, ella se venga diciendo lo que sabe que más ha de herirle: que es un hombre sin honor. Mas después de vituperarle, de pronto se le ocurre una idea que cree habrá de proporcionarle la venganza que busca, la venganza contra Juanito y Aurora. Se sienta al borde de la cama y pregunta a su marido si le gustaría que ella le amase por una vez realmente, en cuerpo y alma. El efecto que estas palabras producen a Ma-

xi, revelador de toda la profundidad de su amor, es indicado tan solo por una descripción física, pero de lo mas elocuente: "La máscara fría y estoica parecía deshacerse como la cera al calor, y sus ojos revelaban emoción, que por instantes crecía, como una ola que avanza engrosando" (IV, 326). Fortunata le da dinero para comprar un revólver, Fortunata le ofrece amor, el amor que él siempre había anhelado, y así quien había entrado en la habitación como un sereno raciocinador, sale de ella como furioso lunático que grita con voz de falsete: "¡Matarlos, matarlos!"

Esta en la cumbre de su locura. En las páginas que siguen vemos como es encerrado en su habitación y luego llevado a Leganés, haciéndole creer que va a un monasterio. A la vista del manicomio, que él reconoce como tal, y como tal lo acepta, dice: "No encerrarán entre murallas mi pensamiento. Resido en las estrellas. Pongan al llamado Maximiliano Rubín en un palacio o en un muladar... lo mismo da" (IV, 390).

Y con estas palabras se cierra la novela, y la historia de uno de los más vivos y hondos caracteres de *Fortunata y Jacinta*. El débil e inmaduro muchacho que llega, por amor, a ser capaz de expresar sus deseos e imponer su voluntad, le vemos convertirse, y del modo más convincente, en el lunático que acaba en Leganés. Bajo una apariencia sencilla se esconde un carácter de una gran complejidad. Y en esto reside la grandeza de Galdós, pues al superar esa dificultad, al revelar como grande lo que a primera vista no lo parece, su creación adquiere una mayor estatura. Maximiliano Rubín es una de esas supremas figuras literarias cuya personalidad por mucho tiempo nos acompaña, asombrándonos del genio de su creador.

ELAINE HADDAD

University of Wisconsin